

## CAPITULO IX.

Felipe V.—Política francesa en España.—Disgusto general.—Portocarrero y Arias.

LA política de Luis XIV había triunfado por fin.

Ya no hay Pirineos, exclamó al tener noticia del testamento de Carlos II, y con esta frase quiso significar la ingerencia que desde aquel momento pensaba tener en los asuntos de España.

Poco después, ante una reunión numerosa compuesta de los más altos funcionarios franceses, presentóles al duque de Anjou y les dijo: Señores, aquí tenéis al rey de España.

Esta presentación significaba que había concluido el reinado de la casa de Austria, y que una política nueva, un modo de ser totalmente distinto iba á principiar para España, toda vez que su anterior dinastía, sustituida por la de Borbon, había de imprimirle una fisonomía completamente distinta.

En efecto, parecía que desde luego la política dominante de la casa de Borbon era distinta que la de la dinastía austríaca.

Era ésta política de invasion, de conquista; éralo aquélla de conservacion, de desarrollo.

Mientras Carlos I y Felipe II lo querían avasallar todo para sacrificarlo haciéndolo entrar en el estrecho molde de una unidad imposible, Luis XIV, heredando el espíritu de atraccion del fundador de su dinastía, de Enrique IV de Borbon, trataba de conservar y consolidar lo que poseía, buscando quizá la misma unidad que los anteriores; pero de distinta manera: por medio de una bien ordenada variedad.

Los consejos que el rey de Francia dió á su nieto prueban suficientemente este aserto.

Felipe V, pues, se presentaba como iniciador de una nueva política que había de labrar la felicidad de España.

Realmente había sido tan desastrosa para la nación la dominacion de los últimos monarcas austríacos, que nada de extraño tiene el júbilo y el regocijo con que, lo mismo en Madrid que en el resto de España, fué proclamado el nuevo monarca Felipe V de Borbon.

Aun en la misma Cataluña, donde precisamente se hallaba de virey un general austríaco completamente adicto al Emperador, como era el príncipe de Darmstadt, verificóse la proclamacion con el mayor entusiasmo.

Aquella raza que había empezado tan vigorosa para concluir tan débil, dejó tan profundas heridas en el país, que todas las miradas fijábanse llenas de esperanza en el nuevo Rey que, joven, vigoroso, afable y simpático, parecía responder perfectamente á las esperanzas consabidas.

El primer acto del nuevo Monarca, una vez instalado en el palacio del Buen-Retiro, mientras se hacían los preparativos para su entrada pública y solemne en la corte, fué nombrar al cardenal Portocarrero, á D. Manuel Arias, gobernador del Consejo de Castilla, y al conde de Harcourt, embajador francés, para que asistiesen al despacho con él, confirmando á D. Antonio de Uvilla en la secretaría del despacho universal.

Las reformas introducidas por Portocarrero y Arias, hechas con más sobra de celo que verdadera prudencia y acertado tacto, produjeron descontentos, crearon animosidades y sembraron el camino del nuevo Rey de elementos que, andando el tiempo, habían de dar su resultado.

Porque ni el uno ni el otro poseían las condiciones que se necesitaban para los elevados puestos que ocupaban, y con las reformas impremeditadas, con la satisfaccion de algunas venganzas políticas, y con el orgullo de quien se ve colocado en una posición superior á la de los otros, no hacían más ni menos que crearse, para lo porvenir especialmente, muchos obstáculos.

Ambos hallábanse devorados por la ambicion, y mientras que Portocarrero creía que la posición en que se hallaba era el justo premio de los servicios por él prestados á la casa de Borbon, Arias veía con envidia la posición de que disfrutaba Portocarrero, aspiraba á la púrpura cardenalicia, y quería llegar á ser inquisidor general y primado de España, como dice un historiador moderno.

Puede comprenderse perfectamente que dos caracteres semejantes y dos ambiciones tan opuestas, no era posible permaneciesen mucho tiempo en buena armonía; pero, sin embargo, durante los primeros días supieron contenerse uno y otro, y aunaron sus esfuerzos en pro de las reformas intentadas.

Mas no tenían en cuenta, ni en su inexperiencia lo pudo prevenir Felipe, que si bien es cierto que aquellas reformas eran necesarias, que en el estado de empobrecimiento en que se hallaba la nación era muy preciso corregir abusos, la prudencia aconsejaba, sin embargo, transigir con algunos de ellos por el momento, al menos para no crearse dificultades.

Pero Felipe era, como ya hemos dicho, muy joven, y se atenia estrictamente á los consejos é instrucciones de su abuelo, consejos é instrucciones que por su importancia merecen ser conocidos.

«No faltéis jamas á vuestros deberes, así decía el monarca francés á su nieto, en especial con respecto á Dios; conservad la pureza de las costumbres en que habéis sido educado; honrad al Señor siempre que podáis, dando vos mismo ejemplo; haced cuanto sea

posible para ensalzar su gloria; lo cual es uno de los primeros bienes que pueden hacer los reyes.

«Declaráos en todas las ocasiones defensor de la virtud y enemigo del vicio.

«No tengáis jamas afecto decidido á nadie.

«Amad á los españoles y á todos los súbditos que amen vuestro trono y vuestra persona; no déis la preferencia á los que más os adulen; estimad á aquellos que no teman desagradaros á fin de inclinaros al bien, pues que éstos son vuestros amigos verdaderos.

«Haced la felicidad de vuestros súbditos, y con este intento no emprenderéis guerra alguna sino cuando os veáis obligado á ello, y que hayáis considerado bien y pesado en vuestro consejo los motivos.

«Procurad poner concierto en la hacienda; cuidad de las Indias y de vuestras flotas, y pensad en el comercio.

«Vivid en estrecha union con Francia, no siendo nada tan útil para ambas potencias como esta union, á la cual nada podrá resistir.

«Si os veis obligado á emprender una guerra cualquiera, ponéos al frente de vuestros ejércitos, con cuyo fin procurad regularizar vuestras tropas, empezando por las de Flandes.

«Jamás abandonéis los negocios para entregaros al placer, pero estableced un método tal, que os dé tiempo para el recreo y la diversion.

«Nada hay más inocente que la caza y la afición á las cosas del campo, con tal que no os ocasione esto gastos excesivos.

«Prestad grande atención á los negocios de que os hablen, y al principio escuchad mucho sin decir nada.

«Procurad que vuestros vireyes y gobernadores sean siempre españoles.

«Tened gran confianza en el cardenal Portocarrero, etc.

«No olvidéis á Bedmar, gobernador de los Países Bajos, que es persona de mérito y capaz de servirlos bien.

«Dad entero crédito al duque de Harcourt, pues es hombre hábil, que os dará consejos desinteresados, no teniendo en cuenta más que vuestro interes.

«Procurad que los franceses no salgan jamas de los límites del respeto, y que no falten á lo que os deben.

«Tratad bien á vuestros servidores, pero no uséis con ellos de familiaridad extremada; que no sean confidentes vuestros, pero servíos de ellos mientras sean prudentes, y despedidlos á la menor falta, no apoyándolos jamas contra los españoles.

«No tengáis más trato con la reina viuda que aquel que no podáis dispensaros: haced de modo que salga de Madrid, pero procurad que no salga de España. Observad su conducta, y no consentáis que se mezcle en negocio alguno: mirad con recelo á los que tengan con ella trato demasiado frecuente.

«Amad siempre á vuestros deudos, recordando el dolor que han tenido al separarse de vos. Conservad con ellos continuas relaciones, sobre todo en los negocios importantes; en cuanto á los pequeños, pedidnos todo aquello que necesitéis y no se halle en vuestro reino, que lo mismo haremos nosotros.

«No olvidéis jamas que sois frances por lo que pueda acontecer. Cuando tengáis asegurada la sucesion de España en hijos que os conceda el cielo, id á Nápoles, á Sicilia, á Milan y á Flandes, lo cual nos dará ocasion de volver á vernos: mientras tanto visitad la Cataluña, Aragon y otras provincias, no descuidando lo que conyenga hacer en Ceuta.

«Arrojad algun dinero al pueblo cuando os halléis en España, y especialmente al entrar en Madrid.

«Evitad cuanto podáis el conceder gracias á los que dan dinero para alcanzarlas.

«Dad oportuna y liberalmente, y no aceptéis regalos, á menos que no sean bagatelas; y cuando no pudierais evitarlo, haced otros de más valor de los que recibiereis, pero con intervalo de algunos días.

«Tened una caja en que conservéis lo que merezca estar más reservado, y cuya llave guardaréis vos mismo.

«Concluyo dándoos un consejo de los más importantes: no os dejéis gobernar; sed siempre amo, no tengáis favorito ni primer ministro. Escuchad y consultad á los de vuestro consejo, pero decidid. Dios, que os hace Rey, os dará todas las luces necesarias, mientras abriguéis buenas intenciones (1).»

Precisamente estas instrucciones fueron seguidas por Felipe V, aun cuando con algunas variaciones; pero en lo que á Portocarrero se refería no se alejó en nada, concediéndole mayor amistad y más confianza de la que la prudencia le aconsejaba, pues, como ya hemos dicho, las medidas tanto de éste como de su compañero Arias, no podían hacer más que engendrar odios y rivalidades, semilla que no podía dar nunca frutos beneficiosos.

(1) William Cox, *España bajo el reinado de la casa de Borbon*, cap. I.



MARÍA LUISA DE SABOYA, PRIMERA ESPOSA DE FELIPE V.

J. SERRA, LII.

LII. VIDAL, Omo, 29.

Hiera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

## CAPITULO X.

D.<sup>a</sup> Maria Luisa de Saboya.—Marcha el Rey á Nápoles.—Prudente conducta de la Reina.

LA falta de conocimientos profundos del difícil arte de gobernar en el cardenal Potocarrero, fué causa de que empezara á dibujarse una división que, á la larga, había de dar sus frutos.

Era la formación de dos partidos: uno que podríamos llamar franceses, y otro nacional.

Y como á la sazón el partido nacional debía participar de las costumbres y maneras de los príncipes austríacos, llegó por una gradación lógica á representar las aspiraciones del pretendiente austríaco.

Sin embargo, fuerza es decir, en honor de la verdad, que muchos de los que formaban el partido nacional no le entendían como sujeto á los límites de los monarcas de la casa de Austria.

Al contrario, iban mucho más lejos, salvaban de un solo paso la larga distancia que los separaba de los últimos reyes de Castilla y Aragón, abrían como una especie de paréntesis al dilatado período que habían ocupado el solio español los monarcas de la dinastía austríaca, iban nada menos que á buscar el restablecimiento de los antiguos fueros y privilegios.

Al frente del partido frances figuraba el cardenal Portocarrero; á la cabeza del nacional estaba el marques de Villena.

No tenían aún estos partidos denominación ni forma de tales; pero eran ya dos fracciones que, disintiendo esencialmente de parecer en los negocios, habían de buscar la realización de su ideal en fórmulas distintas.

El primero correría en pos de soluciones más ó menos aproximadas, pero siempre acomodadas al genio francés: el segundo buscaría su *desideratum* precisamente en todo lo contrario, pues sabido era que por lo regular España y Francia nunca habían sido muy amigas.

Inspiración del marques de Villena fué la idea de convocar á los diputados de las ciudades y villas que tenían voto en Cortés, al objeto de que jurasen fidelidad al Monarca, y ante ellos á su vez jurase éste las leyes y los fueros del reino.

No se le había ocurrido esto á Portocarrero, y precisamente era importantísimo é indispensable semejante acto.

El día 8 de mayo de 1701 reuniéronse las Cortés en la iglesia de San Jerónimo, y allí, con las ceremonias acostumbradas, prestáronse mutuamente el indicado juramento.

Todavía quería más el marques de Villena; quería que se volvieran á reunir las antiguas Cortés de Castilla, no con el objeto de una simple ceremonia como la anterior, sino para ocuparse de asuntos más vitales para el país, cuya situación económica era sumamente deplorable.

Portocarrero, en su afán de supeditar todos los negocios puramente nacionales á la inspiración y á los propósitos del rey de Francia, después que hubo aumentado el gobierno con el marques de Mancera y el duque de Montalto, solicitó de Luis XIV que le enviase un hacendista entendido que pudiese reformar los abusos que en la hacienda española existían.

El francés envió á Juan de Arri, persona de oscuros antecedentes, y á un cuando inteligente y práctico, dotado de un carácter impetuoso y altanero.

Con afán dedicóse á corregir los abusos que, como hemos dicho, eran muchos é inveterados, pero en su afán de asimilar de repente el sistema económico de España con el de Francia, y el haber tocado en sus reformas á la nobleza, fué causa de que ésta se le pusiera en contra, y de aquí que el marques de Villena pidiera el restablecimiento de las antiguas Cortés de Castilla, tan abatidas desde los primeros monarcas de la casa de Austria.

Portocarrero no sabía qué decidir, y falto de criterio propio para resolver asunto de tanta magnitud, consultólo con Luis XIV, el cual tuvo el buen acuerdo de no querer intervenir en asunto que era puramente nacional y de suyo muy delicado.

En este caso, como que en el Consejo prevaletió la idea de que no se reuniesen las Cortés, no hubo otro remedio, á fin de no disgustar ni al pueblo ni á la nobleza, que dar como pretexto para no reunir las Cortés, el decir que el Rey tenía que marchar á Cataluña á recibir á su esposa la reina María Luisa de Saboya.

Este matrimonio, arreglado por Luis XIV, fué quizás uno de los actos más discretos que aquel Monarca llevó á cabo, pues la hija del duque de Saboya, Víctor Amadeo, con su discreción, con su prudencia y su cariño hacia su esposo, fué tal vez quien más contribuyó á consolidarle en el trono.

Como quiera que á la sazón había dado ya comienzo la guerra que el emperador de Alemania en su despecho movió al nuevo Monarca, éste, juzgando que podría prolongarse su ausencia, dejó nombrado gobernador del reino al cardenal Portocarrero.

En Zaragoza, donde se detuvo el Monarca algunos días, celebró Cortés, jurando en el templo del Pilar ante el Justicia, las comunidades, los magnates y el pueblo guardar los fueros y libertades aragonesas.

Desde allí marchó á Cataluña, donde el 12 de octubre juró igualmente guardar los fueros, usajes y constituciones de la ciudad y del Principado.

El día 3 de noviembre en Figueras, donde había ido el Rey á

reunirse con su esposa, ratificóse el matrimonio por el patriarca de las Indias, dirigiéndose nuevamente á Barcelona, donde fueron recibidos con extraordinario regocijo.

Acompañaba á la joven Reina, en clase de camarera, la princesa de los Ursinos, Ana María, perteneciente á la ilustre familia de la Tremouille, casada en primeras nupcias con Adrián de Talleyrand y en segundas con Flavio Orsini, duque de Bracciano, conservó el apellido de éste á pesar de su segunda viudez.

Dotada de un gran talento, habilidosa y entendida en las intrigas políticas y en las luchas diplomáticas, Luis XIV, por indicación de madama de Maintenon, la puso al lado de la joven Reina al objeto de que con su talento neutralizase la influencia que podía ejercer la joven Reina sobre el carácter dócil de su esposo.

Los sucesos ocurridos en Nápoles, de los cuales nos ocuparemos con más detención, movieron á Felipe V á marchar á Italia tanto para jurar los fueros á los napolitanos y sicilianos, cuanto para ponerse al frente del ejército y luchar contra sus adversarios.

Felipe había tratado en los primeros momentos de llevarse consigo á su esposa, para cuyo efecto, como dijimos en otro lugar, había nombrado á Portocarrero presidente de la Junta de Gobierno que había de regir la nación durante su ausencia, pero los temores de Luis XIV de que viese la Reina á su padre, el artificioso duque de Saboya, y el estado de agitación que ya principiaba en España promovido por los partidarios de la casa de Austria, obligó á dejar á la Reina encomendada la gobernación de España.

«No tengo más voluntad que mi deber», decía la joven María Luisa, á pesar de sentir, como era consiguiente, la separación de su esposo, encantando á Luis XIV la prudencia manifestada por la recién casada en aquellas circunstancias.

El día 8 de abril de 1702 embarcóse Felipe V en Barcelona con rumbo á Nápoles, y dos días después emprendió la Reina el camino de Zaragoza con el título de lugarteniente del reino, y con plenos poderes para celebrar Cortés á los aragoneses, Cortés que estaban convocadas desde el día 19 de marzo.

Abiertas las Cortés, la Reina manifestó las razones de la marcha del Rey á Italia, suplicándoles que terminasen lo más pronto posible las Cortés, en atención al estado en que se hallaba la monarquía.

No se mostraron muy complacientes las Cortés, pues aun cuando mostraron afecto á la Reina, en la concesión de subsidios estuvieron muy parcas, recelaban de la autoridad real, y finalmente, los cuatro brazos del reino, al suspenderse las Cortés en virtud de orden recibida del Rey para que la Reina se trasladase á Madrid inmediatamente, le concedieron un donativo de cien mil pesos que María Luisa se apresuró á enviar á su esposo.

El día 30 de junio llegó la Reina á Madrid, y desde los primeros momentos dió muestras de aquel tacto que tanto la distinguió.

Con un talento, una prudencia y una política admirable en sus cortos años, pues sólo contaba catorce, dice un historiador moderno, había prevenido que se excusasen de hacer para su recibimiento comedias, ni toros, ni otra clase alguna de regocijos, pues que estando el Rey ausente no quería que se hiciesen gastos ni alegrías públicas, y se contentó con que la aguardasen en palacio, adonde se encaminó en derecha, y sin ostentación, ni aparato, ni ruido.

A todos asombró la modestia, el desinterés, la rectitud, la discreción, la inteligencia y afán con que la joven María Luisa se consagró desde su llegada al despacho de los negocios públicos, asistiendo diariamente á las sesiones de la Junta de Gobierno, haciéndose respetar de todos los consejeros, enterándose con admirable facilidad de los asuntos, no habiendo consulta que no examinara, ni papel que no leyera, ni queja que no escuchara; sin vérsela nunca ni en las diversiones, ni aun en los paseos, adicta siempre á remediar las necesidades de los pueblos, y á que no faltaran al Rey los posibles socorros.

«Esta ocupación, solía decir con aire jovial, es sin duda muy honrosa, pero no es muy divertida para una cabeza tan joven como la mía, sobre todo no oyendo hablar á todos sino de las necesidades urgentes del tesoro y de la imposibilidad de salir del país.»

Asistiéndola y ayudándola con lealtad su camarera la princesa de los Ursinos, reformaron entre las dos las costumbres interiores de palacio: prohibieron los galanteos de las damas y camaristas que estaban tan admitidos y fueron causa de tanta murmuración en los reinados anteriores, é hicieron del regio aleazar una casa de virtud y recogimiento.

Con una política que no habría ocurrido á un hombre de madura edad y experiencia, cada vez que recibía noticias del Rey no se contentaba con comunicarlas al Consejo y á los grandes, sino que ella misma, saliendo á un balcon de palacio, las ponía verbalmente y en alta voz en conocimiento del pueblo para satisfacción de sus vasallos; con cuyo motivo siempre que se sabía haber llegado despacho de Italia, acudían las gentes á la plaza de palacio, ansiosas de oír de boca de S. M. noticias de la salud de su Rey y de los sucesos de la guerra.



J. SERRA, lit.

Lit. VIDA, Olms, 27.

ENTRADA DE FELIPE V EN NÁPOLES.